

nos de mantenerse en el lugar preciso en que se halla colocado, pues si se aproximase más caería sobre el Sol, y si se alejara iría á perderse en el espacio; ó á la inversa, que, dado el lugar que el planeta ocupa, no puede tener más que su velocidad actual y no otra alguna puesto que, si su rapidez fuera mayor, se alejaría por el infinito, y si fuera menor caería el planeta sobre el Sol. Comprendemos, por consiguiente, que no hay más que un solo lugar determinado que convenga á la velocidad de un planeta, y vemos el problema resuelto por el hecho de que la misma causa física que necesaria y ciegamente ha asignado su lugar al planeta, le ha comunicado al mismo tiempo y por el mismo hecho la única velocidad compatible con aquel lugar, en razón de la ley natural, por virtud de la cual, un cuerpo que recorre un círculo, circula tanto más rápidamente cuanto más pequeño se hace dicho círculo.

Sobre todo nos convencemos al observar esta armonía, de que el mantenimiento hasta lo infinito de todo el sistema se halla asegurado por el hecho de que todas las perturbaciones mutuas inevitables en la marcha de los planetas tienen que compensarse con el tiempo; así, por ejemplo, la misma irracionalidad de la relación entre los tiempos de las revoluciones de Júpiter y Saturno es lo que impide que sus perturbaciones recíprocas se repitan jamás en el mismo lugar, lo cual sería peligroso; mas como se producen raramente y cada vez en distinto punto, se anulan, semejantes en esto á las disonancias musicales que se resuelven en acordes consonantes. El resultado final de las consideraciones que vengo exponiendo, nos lleva á reconocer en todo esto una perfección y una finalidad tales como la voluntad consciente más libre, dirigida por la inte-

ligencia más profunda y por el cálculo más sutil habría podido realizarlas. Y, sin embargo, la teoría cosmogónica de Laplace, meditada tan profundamente y tan exactamente calculada, no nos permite sustraernos á la convicción de que este edificio del universo que parece una obra de las más sabiamente combinadas, no es, en definitiva, más que el resultado necesario del conflicto y del juego inconsciente y sin fin de fuerzas naturales ciegas que obran por virtud de leyes naturales invariables. Siendo así, no tenemos por qué seguir las huellas de Anaxágoras, recurriendo á la intervención de una inteligencia que no conocemos más que por el mundo animal, y que sólo está organizada en atención á sus propios fines, la cual inteligencia, interviniendo desde fuera, se serviría diestramente de las fuerzas naturales ya existentes, así como de sus leyes, para realizar intenciones con las cuales nada tienen de común esas fuerzas. Nosotros tenemos que seguir otro camino, pues debemos reconocer ya en aquellas fuerzas primitivas esa voluntad una y siempre la misma, de la cual son ellas la primera manifestación. Esa voluntad es quien, preludiando ya su obra bajo aquella forma de fuerzas naturales, aplica las leyes primitivas de esas fuerzas al servicio de sus propios fines. Todo lo que sucede en virtud de las ciegas leyes de la naturaleza debe servir, por tanto, á las intenciones de la voluntad y conformarse con ellas; ¿y cómo podría ser de otro modo cuando toda cosa material no es nada más que el fenómeno la visibilidad, la objetividad de la voluntad de vivir, que es siempre una y la misma? Así, pues, las fuerzas que hallamos en lo más bajo de la escala de la Naturaleza están ya animadas de esa voluntad, que más tarde, en las criaturas dotadas de inteligencia se asom-

bra de su propia obra, como el somnábulo al despertar se asombra de lo que hizo dormido, ó más exactamente, como se asombra el niño de su propia imagen reflejada en un espejo. Lo que digo aquí tocante á esa unión de lo fortuito y de lo intencionado, de la fatalidad y de la libertad, que hace que los azares más ciegos, que surgen de leyes generales de la Naturaleza, sean como los toques del instrumento en el cual el genio del universo ejecuta sus sublimes melodías, pertenece á esos abismos tenebrosos de la meditación de que antes he hablado, y cuyo fondo ni la filosofía misma puede alumbrar, habiendo de contentarse con proyectar hacia tales honduras algunos débiles rayos de luz.

Paso ahora á una consideración subjetiva, que está aquí en su lugar, pero sobre la cual podré difundir menos claridad todavía que sobre la consideración objetiva antes expuesta, pues sólo es posible enunciarla por imágenes y comparaciones. ¿Por qué nuestra conciencia es tanto más clara y precisa cuanto más se torna hacia lo exterior, lo cual es cierto puesto que alcanza su mayor lucidez en la percepción por medio de los sentidos, que pertenece ya por mitad al mundo exterior? ¿Por qué se oscurece á medida que se dirige hacia lo interior, hasta tal punto de que, llegada al fondo, no encuentra más que tinieblas en las cuales todo conocimiento se desvanece? Esto procede, en mi opinión, de que conciencia supone *individualidad*, y de que ésta forma parte del fenómeno, puesto que á título de pluralidad de los individuos de una misma especie se halla sometida á las condiciones fenomenales del tiempo y del espacio. Nuestro interior, por el contrario, tiene sus raíces en aquello que no es ya fenómeno, sino que empieza á ser *cosa en sí*, donde las formas fenomenales no pueden ya bastar y

donde faltando, por consiguiente, las condiciones principales de la individualidad, no hay ya conocimiento preciso posible. En efecto, allí, en aquel lugar donde se inserta la raíz de la existencia cesa toda multiplicidad de seres, como en el centro de la esfera cesa la multiplicidad de los radios y de igual modo que la superficie esférica es el lugar donde terminan todos los radios, la conciencia comienza allí donde el ser en sí confina con el fenómeno cuyas formas producen la individualidad distinta, pues sobre ésta es sobre quien descansa la conciencia, y por eso no podemos conocer más que los fenómenos. Todo lo que hay de preciso y de verdaderamente comprensible en nuestra conciencia se encuentra en esa superficie exterior de la esfera. Y en cuanto nos alejamos de ella hacia lo interior, la conciencia nos abandona; así sucede en el sueño, así en la muerte, así también, hasta cierto punto, en la actividad magnética ó mágica, pues todos estos estados conducen hacia el centro. Como la conciencia distinta, condicionada por la superficie, no se halla dirigida hacia el centro, reconoce bien á los demás individuos como seres de la misma especie, pero no como idénticos, cuando lo son en realidad. La inmortalidad del individuo podría ser comparada á un punto de la superficie esférica cortado por la tangente, y en cambio la inmortalidad del conjunto del fenómeno, en virtud de la eternidad de la esencia íntima, es comparable al retorno de ese mismo punto del radio hacia el centro, cuya expansión constituye la superficie de la esfera. La voluntad como *cosa en sí* se encuentra entera é indivisa en cada ser, como el centro es parte integrante de cada radio. Mientras la extremidad periférica de ese radio se mueve con la mayor rapidez al mismo tiempo que la superficie, su extremidad en el

centro, que representa la eternidad, es absolutamente inmóvil, puesto que el centro es aquel punto cuya mitad ascendente no se distingue de la mitad descendente. Así, se dice en el Bhagavad Guita: *Haud distributum animantibus, et quasi distributum tamen insidens, animantiumque sustentaculum id cognoscendum, edax et rursus genitale* (Lect. 13, 16, versión Schlegel).

Confieso que caigo aquí en un lenguaje figurado y místico, pero esta es la única manera de poder expresar el pensamiento sobre un tema de trascendencia tan absoluta. Me permitiré, pues, hacer todavía otra comparación: podemos representarnos á la especie humana como un *animal compositum*, como uno de esos organismos cuyo modelo nos ofrecen muchos pólipos, y en particular los políperos flotantes, tales como los *Veretillas*, los *Funiculinas* y otros parecidos. En ellos, la extremidad donde se encuentra la cabeza es lo que aísla á los individuos, mientras que la parte inferior que forma el estómago común los junta á todos en una existencia única. De igual manera el cerebro con su conciencia, es lo que aísla á los individuos de la especie humana, mientras que la vida común á todos es la parte inconsciente, la vida vegetativa, con el sistema ganglionar, en la cual se sumerge durante el sueño la conciencia cerebral, semejante al loto que se abisma durante la noche en las ondas. Esta comunidad de existencia hasta puede dar excepcionalmente á los individuos un medio de comunicación, como sucede, por ejemplo, cuando un ensueño se transmite directamente de un individuo á otro, cuando los pensamientos del magnetizador pasan al somnábulo, y también en la influencia magnética, ó, en general, en la influencia mágica ejercida voluntariamente. En efecto, una influencia de este género di-

fiere en absoluto de toda otra que se produzca por *influxus physicus*; es una verdadera *actio in distans*, que realiza en verdad la voluntad individual, pero siempre por su cualidad metafísica y en virtud de su ubicuidad, como *substratum* universal de la Naturaleza. Podría decirse también que de igual modo que vemos en la generación equívoca manifestarse todavía un resto de la fuerza creadora primitiva, que acabó su obra con la producción de las formas hoy existentes en la Naturaleza, extinguiéndose luego, así también de la omnipotencia primitiva de la voluntad, que se limita hoy á trabajar en la reproducción y conservación de los organismos, queda todavía, en cierto modo, un residuo, que puede por excepción mostrarse activo en las influencias mágicas. En mi obra *La Voluntad en la naturaleza* he hablado largamente de esta propiedad mágica de la voluntad, y me apresuro á poner punto á estas consideraciones, en apoyo de las cuales no se puede invocar más que hechos inciertos, pero que no es lícito, sin embargo, ignorar ó rechazar enteramente.